lidad y á tanta presencia de espíritu puestas por él en juego para robar; Micaud contesta á esto: Yo habia perdido todo mi dinero y tambien la cabeza; no se me daba nada de nada.

Zefiro Gilet, empleado en las Madelonettes, refiere una tentativa de suicidio de Micaud:—Tenia zelos, dice, y ha hecho varias *simetrías* de matarse: como yo veia que hacia estos simulacros, le hemos puesto la camisa de fuerza. Un dia se le encontró colgado de la corbata en una puerta de los lugares comunes.

A medida que van avanzando los debates, pierden su serenidad Lesage y Soufflard. Una irritacion sombría se apodera de este último, que da señas muchas veces de debilidad y de desesperacion. Registrándole antes de entrar en una de las últimas audien-



Antes del crímen en la taberna.

cias, se le encontró encima una navaja; reconvenido por esto, ha contestado que queria *clavar* con aquel alfiler á Micaud en el banco de los acusados.

La curiosidad pública no se ha cansado de los debates, á pesar de haber durado estos ocho dias. El número de las banquetas de preferencia ha sido tan escesivo, que el 15 de marzo, que fue la última audiencia, el banco inferior de los señores jurados quedó tapado para el público por cinco hileras de asientos ocupados por señoras muy elegantes. Vénse en el auditorio varias celebridades artísticas y literarias, entre ellas, los señores Victor-Hugo, Lablache y Rubini; ademas, la señorita Plessy del teatro francés.

M. Frank-Carré termina de este modo su acusacion:

«Se ha cometido un crímen odioso; una mujer ha sido asesinada en el hogar doméstico, en medio de una vecindad amiga, casi á la vista de sus deudos. En vano, en aquella lucha tan cruelmente desigual, ha hecho la víctima una resistencia desesperada; en vano ha gritado pidiendo auxilio. Ha caido miserablemente á los golpes de los asesinos, y su cadáver cubierto de horribles heridas, atestigua á la vez la ferocidad de los asesinos y las torturas de la asesinada.

»Su hija, huérfana y sin saberlo, la llamaba todavía, en tanto que los verdugos huian manchados en su sangre y cargados con sus despojos.

»Pero habian sido vistos... Aun no se sabia el asesinato y se adivinaba quiénes eran los asesinos. Las facciones de estos se grababan en la memoria de los testigos sobresaltados, y señalados los fautores del hecho en un principio, debian llegar en su dia á ser conocidos. Ahora lo son ya, señores. Las impresiones que renuevan, el terror que inspiran, los denuncian y los acusan. Al aproximarse á ellos, los co-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación